

LA UNIDAD DE EUROPA NO DEBE HACERSE A EXPENSAS
DE LA COMUNIDAD ATLANTICA

Del discurso pronunciado por Hen
ry KISSINGER en Londres el día-
12 de Diciembre de 1973.

(Traducido por el Tte. Gonzalez
Pascual del CESEDEN).



"En el mes de Abril último, el presidente Nixon me pidió que Europa y los Estados Unidos se esforzaran conjuntamente para reavivar nuestra alianza. Lo hizo, evidentemente, porque los postulados sobre los que está fundada habían sido rebasados por los acontecimientos!"

"La fuerza económica de Europa, su cohesión política y su nueva seguridad - realizaciones prodigiosas de la unidad occidental - han modificado radicalmente, unas relaciones modeladas en su principio durante una era de debilidad de Europa y predominio de los Estados Unidos!"

"El monopolio nuclear americano ha cedido el sitio a una paridad nuclear, que plantea problemas de defensa y disuasión totalmente nuevos; problemas que exigen una amplia revisión de las necesidades de nuestra seguridad y de las contribuciones respectivas por parte de los Estados Unidos y sus aliados".

"Existe un gran peligro de una erosión progresiva de la Comunidad Atlántica que, durante veinticinco años, aportó la paz a sus miembros y la prosperidad a sus naciones. Parece indispensable, pues, hacer un gran esfuerzo para renovar las relaciones atlánticas y reforzar nuestra amistad con un nuevo acto creador. Esperábamos que el hecho, por parte de las grandes democracias, de comprometerse una vez más en la definición de un futuro común, infundiría a nuestra alianza atlántica un nuevo contenido emocional e intelectual. Tal fue la razón de la iniciativa que se llamó después "el año de Europa"

Después de haber protestado contra las falsas interpretaciones de las intenciones americanas e insistir particularmente sobre el hecho de que éstas habían sido cuidadosamente preparadas, Kissinger añadió:

"No aceptamos la afirmación según la cual la consolidación de la unidad atlántica y la definición de la personalidad europea son incompatibles. Desde el comienzo, estos dos procesos se han consolidado mutuamente y pueden seguir haciéndolo en la actualidad. Reiteradas veces, los Estados Unidos han saludado explícitamente la decisión europea de crear una identidad independiente, tanto política como económica. Desde hace tiempo - y - con mucha más firmeza que bastantes europeos - hemos apoyado el objetivo de una cohesión política.

"No tenemos la intención de restringir el papel internacional de Europa en los problemas regionales. Bajo nuestro punto de vista, la unificación europea debe permitir a Europa tener mayores responsabilidades en la paz global, lo que en fin de cuentas no puede suponer otra cosa que beneficios para el interés de todos. La iniciativa americana tenía por objeto señalar la nueva preeminencia de Europa sobre el escenario mundial lo mismo que en el seno de la Comunidad del Atlántico Norte."

LOS HECHOS CONSUMADOS

"Un examen global de todos los aspectos de nuestras relaciones - económicas, políticas y militares - es imperativo. Es un hecho que nuestras tropas están en Europa como componentes vitales de la defensa mutua. Es un hecho también - por no decir una perogrullada - que los factores políticos, militares y económicos, forman parte de nuestras relaciones. A nuestro modo de ver, la afirmación de la naturaleza íntima de nuestra interdependencia no es un medio de chantaje. Al contrario, es la justificación para encontrar soluciones de compromiso".

Evocando los esfuerzos realizados por Europa desde el mes de abril último para llegar a la unidad, especialmente en la coordinación política, Kissinger, que recuerda la aprobación de los Estados Unidos, se ve obligado "como viejo amigo" a expresar sus preocupaciones:

"La unidad de Europa no debe realizarse a expensas de la Comunidad Atlántica, o se resentirán de ello los dos lados del Atlántico. No es que nosotros nos impacientemos ante la lenta maquinaria administrativa de una Europa naciente. Es más bien, la unidad lo que nos preocupa y no el poner en evidencia las divergencias que existen entre nosotros. No sería franco, si os ocultase nuestro disgusto ante ciertos acontecimientos recientes de la Comunidad Europea en el marco de la política. Presentarnos las decisiones de una Europa en vías de unificación como hechos consumados nos -

sumió en una discusión real extraña a la tradición de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. Por parte de un país acusado repetidas veces de obrar por su cuenta, sin consultar con sus aliados, ésto puede parecer un motivo de queja extraño. No hay duda, de que a veces y, en particular, en situaciones de urgencia, los Estados Unidos no han consultado como era preceptivo. Por lo general, esto ha ocurrido ante presiones de urgencia y no hay duda de que es una forma de obrar contraria a la política oficial y a la costumbre establecida.

"En contraposición, la actitud de Europa, en vías de unificación parece apoyar la negativa de consulta en un principio de definición de la identidad europea. A juzgar por la experiencia reciente, la consulta con nosotros ante una decisión está descartada y la consulta después de un hecho consumado la consideramos vacía de todo sentido. Europa nombra un portavoz que tiene el derecho de informarnos de las decisiones tomadas, pero sin ninguna autoridad para negociar. No ponemos reparos a un portavoz único, pero creemos que los Estados Unidos, como viejo aliado, debería tener la posibilidad de expresar sus preocupaciones antes de que se tomasen las decisiones finales relativas a sus intereses. No es conveniente tampoco, permitir que los canales bilaterales de discusión y de negociación se atrofien, al menos hasta que la unidad política europea sea una realidad. Reemplazar un diálogo natural por procedimientos extremadamente formalistas conmovería fuertemente los íntimos e intangibles lazos de confianza y comunicación, que tanto tiempo han llevado para su establecimiento y que tan bien han servido a nuestros objetivos comunes.

"Los Estados Unidos reconocen la existencia de problemas en el período de transición, mientras Europa avanza hacia la unidad. Comprendemos la dificultad de los primeros pasos vacilantes de una coordinación política. Pero no podemos quedar indiferentes ante la tendencia de justificar la identidad europea como factor de separación con los Estados Unidos. A nuestro modo de ver, la unidad europea no es contradictoria con la unidad atlántica. Por nuestra parte, no ahorraremos ningún esfuerzo para reforzar las relaciones de cooperación con una Europa en vías de unificación, afirmar la comunidad de nuestros ideales y reavivar las relaciones atlánticas".

"Los dirigentes de las comunidades europeas se reúnen esta semana. Examinarán la naturaleza de la identidad europea. No hay duda de que adoptarán políticas y posiciones comunes. Ante los resultados de esta importante reunión, permitiré definir la posición de los Estados Unidos.

"La distensión es un imperativo. En un mundo amenazado por el peligro de un holocausto nuclear, no hay otra alternativa razonable que el intento de relajamiento de las tensiones. Pero es necesario vigilar que este intento no mine las amistades que hacen posible la distensión.

"La defensa común es una necesidad. Debemos estar preparados para añadirla a las condiciones inconstantes y a compartir por partes-iguales su pesada carga. Tenemos necesidad de una definición de la seguridad que nuestros pueblos puedan apoyar y que nuestros adversarios respetarán en una época de tensión menor."

"La unidad europea es una realidad. Los Estados Unidos la saludan y apoyan en todos sus aspectos, tanto políticos como económicos. Pensamos debe hacerse irreversible y que debe reforzar los lazos transatlánticos!".

"La interdependencia económica es un hecho. Debemos resolver la paradoja de la dependencia mútua creciente y de las identidades nacionales y regionales que van en aumento. Estamos determinados a proseguir un diálogo constructivo con Europa Occidental. No hemos propuesto respuestas definitivas; saludamos la prudencia europea. Creemos que una tal ocasión no volverá a presentarse a tal corto plazo. Por ello, dediquémos nos a llevar a bien la tarea de renovación de la Comunidad Atlántica!".

"En primer lugar, terminemos el trabajo que hemos emprendido: pongámonos de acuerdo sobre un cierto número de declaraciones que podrían servir de agenda a nuestros gobiernos..."

"En segundo lugar, transformemos estas declaraciones en un progreso práctico y perceptible. Restablezcamos la confianza recíproca si nuestros políticos empiezan a reforzar nuestros objetivos comunes en vez de luchar contra ellos, y empecemos rápidamente en mejorar el proceso de consultas en ambos sentidos. El gobierno de los Estados Unidos ha hecho sugerencias concretas a este respecto en la reciente reunión de Ministros de Asuntos Exteriores del Consejo del Atlántico Norte. Pero recordemos, que la mejor maquinaria consultiva no puede reemplazar a una visión común de los objetivos conjuntos. Tampoco puede reemplazar a las relaciones intangibles que han sido la verdadera fuerza de los contactos transatlánticos, y en particular, de los anglo-americanos.

"Debemos preocuparnos de no definir la unidad europea de una forma demasiado seria que nos haría perder lo que ha dado a la alianza su

carácter único: es una realidad que en el sentido más amplio Europa y América no se consideran mutuamente como entidades extrañas, sino como miembros de una comunidad más amplia empeñados en una empresa común, aunque a veces no falten obstáculos en este camino. La reunión a la cual los Ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea han tenido la cortesía de invitarme, marca un paso significativo en la restauración de los principios intangibles del diálogo transatlántico.

LA CRISIS DEL ORIENTE PROXIMO

"Olvidemos nuestras suspicacias injustificadas. El Presidente no se ha batido tan enérgicamente en el Congreso para el mantenimiento de nuestras tropas en Europa, para un sistema de defensa potente, para una ley comercial conciliadora, para el sostén de nuestros aliados en el mundo; no ha dejado de trabajar para tener a sus aliados enterados de las conversaciones SALT y sobre la adopción de posiciones comunes frente a la M.B.F.R. (1) y no ha reaccionado nunca tan firmemente en todas las crisis a través del mundo, como lo ha hecho, para sacrificar repentinamente la seguridad de Europa Occidental sobre el altar del condominio. Nuestro destino, al igual que la fuerza de nuestra potencia militar están inevitablemente unidos a los vuestros. . .

"Por lo que se refiere al conflicto del Oriente Próximo, es justo señalar, como lo han hecho numerosas personalidades europeas, entre las que se encuentra vuestro Ministro de Asuntos Exteriores, que los Estados Unidos no han hecho todo aquello que hubiera sido debido antes de la guerra, para promover un arreglo definitivo en el Oriente Próximo. . . Debemos tener presente las causas profundas de la crisis energética: no se trata solamente de una consecuencia de la guerra árabe-israelí; se trata del resultado inevitable de un desarrollo explosivo de las necesidades mundiales. . . La única solución a largo plazo reside en un esfuerzo masivo para facilitar a los productores un incentivo dirigido a incrementar sus abastecimientos, en alentar a los consumidores para utilizar los recursos existentes de forma racional y a desarrollar otras fuentes de energía. Se trata de un desafío al que los Estados Unidos no podrían responder por sí solos sin grandes dificultades y al que Europa, aislada, no podría de ninguna manera hacer frente. Es necesario un esfuerzo común.

(1). - Reducción Mútua y Equilibrada de Fuerzas.

"Con este objeto, los Estados Unidos proponen que las naciones europeas, América del Norte y Japón, preparen un grupo de acción para la energía (energy action group) compuesto por personalidades prestigiosas y con experiencia, con obligación de poner a punto en tres meses un programa de acción inicial de colaboración en todos los sectores energéticos. Dejamos a los Nueve el cuidado de decidir si prefieren participar en este programa como Comunidad Europea.

"El grupo se fijaría como tarea el asegurar las entregas de los recursos energéticos a un precio razonable. Definiría los grandes principios de la cooperación y comenzaría a tomar decisiones en los sectores definidos para:

- Preservar la energía gracias a una utilización más razonable de los recursos existentes;
- Estimular la investigación y la valoración de las nuevas fuentes de energía;
- Estimular a los productores a aumentar las entregas;
- Coordinar un programa internacional de investigación con objeto de desarrollar nuevas técnicas de utilización más eficaz de la energía y encontrar productos que pudieran reemplazar al petróleo. Los Estados Unidos estarían dispuestos a aportar sus propios conocimientos en varios campos, especialmente, en el de la explotación de los fondos marinos.

"El grupo de acción energético no debería ser solamente una organización de consumidores. Los países productores deberían ser invitados a unirse a este grupo desde el principio.

"Como ejemplo de las tareas del grupo de acción energético, citaríamos el campo del uranio enriquecido utilizado para los reactores nucleares. Sabemos que nuestras necesidades de esta materia prima aumentarán en los años 1980."

"Sabemos que los consumidores de electricidad querrán aprovisionarse al menor precio posible. Sabemos que los países europeos y el Japón querrán tener sus propias instalaciones para producir al menos una parte del uranio enriquecido del que tendrán necesidad. Es necesario invertir enormes sumas para instalar tales fábricas. ¿No sería más lógico asegurar conjuntamente dentro del marco de un plan, que las raras fuentes no

sean estropeadas por esfuerzos paralelos sin significación...?. Los Estados Unidos están preparados para facilitar una muy importante contribución financiera e intelectual a la solución de un problema energético sobre una base común. No existe ningún problema técnico que las grandes democracias no sean capaces de resolver conjuntamente.

La crisis de la energia de 1973 puede transformarse en el equivalente económico del desafío lanzado en 1957 por el Spoutnik. El resultado de ello, puede ser el mismo. Pero esta vez, la humanidad franqueará este paso de gigante, gracias a la cooperación, en provecho de la humanidad entera, de América y de sus compañeros más próximos. Estamos listos para ofrecer a una Europa en vías de edificación "relaciones especiales", pues creemos que la unidad del mundo occidental es esencial para el bienestar de todos sus componentes".

REDUCCION MUTUA DE FUERZAS Y RETIRADA UNILATERAL

"Algunos puntos de vista norteamericanos"

- Extracto de un discurso del General Goodpaster.
- Declaración del Senador Muskie.
- Declaración del Senador Mansfield.
- Declaración del Secretario de Defensa Schlesinger.

(De la revista británica "Defence Digest" de Octubre de 1973. - Traducido por el Capitán Zamborain, del CESEDEN).

Extractos de un discurso pronunciado en la Universidad de Purdue, el día 4 de Abril de 1973, por el General Andrew J. Goodpaster; SACEUR.

En 1973 nos enfrentamos con una especie de paradoja -por una parte, continuar las negociaciones acompañadas de cierta euforia y desafío a la OTAN, y, por otra, las crecientes fuerzas militares soviéticas- la potencia militar más fuerte que jamás conociera el mundo. ¿Qué debemos hacer, pues, en esta situación? ¿Qué medidas debemos adoptar para garantizar la preservación de la paz y evitar los riesgos de una guerra?

Lo primero que debemos hacer es, creo yo, meditar seriamente y evitar caer en la complacencia, en la euforia - sin sentido, que son demasiado fáciles y tentadoras. El potencial militar no es una contradicción - para la búsqueda de la paz y détente, ni tampoco una alternativa; es más bien compañero esencial de aquella búsqueda. La OTAN, - en el Informe Harmel, en 1967, decía, "La seguridad militar y



y una política de détente no son contradictorias sino complementarias. La defensa colectiva es factor estabilizador en la política mundial. Es condición indispensable para una política efectiva dirigida hacia una mayor suavización de las tensiones". La reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Eu-

ropa, a ambos lados del Telón de Acero, es una posibilidad prometedora, a la que la OTAN dedica grandes esfuerzos en estos momentos. Pero estas negociaciones son una razón poderosa para que la OTAN no proceda a reducciones unilaterales de fuerzas ni a la adopción de acciones unilaterales que debilitarían su potencial o la preparación de sus fuerzas. Los soviéticos tendrían poco o ningún interés en efectuar reducciones por su parte, si estuvieran convencidos que los países de la OTAN, obligados por presiones y problemas internos, fueran a reducir sus efectivos militares.

Pero no sólo es necesario mantener nuestras fuerzas en sus actuales niveles, sino que es, además, indispensable continuar su modernización y perfeccionamiento. Rusia, como todos sabemos, dedica grandes y crecientes recursos a la investigación y desarrollo y a la modernización de los equipos militares. Así, si en el Oeste nos cruzamos de brazos, no que daremos muy pronto rezagados. Las consecuencias resultantes serían las mismas que traería una reducción de efectivos, y esto debemos evitarlo por todos los medios.

La necesidad de mantener y modernizar nuestras fuerzas es aplicable a la OTAN en general. Es igualmente aplicable a Estados Unidos. El ex-Subsecretario de Estado U. Alexis Johnson, refiriéndose a esta cuestión, dijo lo siguiente: "Todos los esfuerzos nacionales en pro de la paz, que no estén apoyados por unas fuerzas militares, no constituirían una política y estarían condenados al fracaso. Serían una pía expresión de esperanza, increíble e ineficaz".

En estos momentos en que se insiste de nuevo en la necesidad de reducir las fuerzas de Estados Unidos en Europa, es oportuno revisar brevemente las razones por las que las fuerzas de Estados Unidos continúan desempeñando papel importante en la defensa de Europa Occidental. Cuando en 1951 se enviaron cuatro Divisiones más a Europa para contribuir a la formación del contingente militar de la OTAN, sirvieron, según palabras del General Eisenhower, como "aglutinante de la OTAN". El pasado verano, el Subcomité Randall del Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara, después de llenar más de un millar de páginas con declaraciones sobre nuestra contribución a la OTAN, llegó a la conclusión de que hoy día continúan desempeñando el mismo papel. Han cambiado muchas cosas en veinte años; pero esta única cosa ha permanecido invariable.

En este aspecto es necesaria también una cuidadosa meditación, a fin de no caer en errores... Algunas veces se pregunta ¿Por qué continúan todavía las fuerzas de Estados Unidos en Europa veintiocho años des-

pués de haber terminado la II Guerra Mundial? En primer lugar, permitanme señalar que las fuerzas norteamericanas, con sus actuales efectivos, no permanecieron en Europa cuando terminó la II Guerra Mundial. Las fuerzas de Estados Unidos quedaron reducidas a una División Constabulary, y fueron incrementadas sólo después de que la Unión Soviética hiciera presa en Europa Oriental, ocupando Checoslovaquia, y de la formación de la OTAN para impedir que se apoderara del resto de Europa Occidental. La precipitada - desmovilización y la retirada de las fuerzas norteamericanas que siguió inmediatamente a la terminación de la guerra, ha sido considerada por muchos como causa principal de la inestabilidad y del expansionismo soviético de entonces; y eso podría repetirse hoy. Considerado desde el punto de vista de la II Guerra Mundial, la cuestión es una invitación a la confusión. El verdadero problema no reside en cuánto tiempo ha transcurrido desde la II Guerra Mundial. Las fuerzas de Estados Unidos están en Europa para impedir la III Guerra Mundial.

Es casi tan perniciosa la segunda versión de la pregunta: ¿Por qué están las tropas de Estados Unidos en Europa para defender a los europeos? ¿Por qué no se defienden los propios europeos? Puesta de esta forma la pregunta implica, como comentó recientemente con ánimo de crítica el profesor Eugene Rostow, que las fuerzas de Estados Unidos en Europa son "una especie de filantropía nacional -una actividad encomiable para un país rico, actividad que puede suspenderse cuando no podamos permitirnos por más tiempo el lujo de hacer tanto bien en el mundo". La contestación a esta acusación es, desde luego, que las fuerzas de Estados Unidos están en Europa, primero y primordialmente, porque su presencia militar allí sirve a los intereses de Estados Unidos -intereses económicos, culturales, y, sobre todo, de seguridad. Económicamente, los Estados Unidos se juegan mucho en Europa. Europa es, no sólo el gran centro extranjero de la empresa de Estados Unidos, sino que representa también el veinte por ciento de la producción anual mundial. En comparación, todo Asia, incluyendo a China y Japón, apenas llega al quince por ciento. Los intereses americanos en Europa, según destacó recientemente Francois Duchene, "son también culturales y psicológicos. Las relaciones familiares entre los dos siguen siendo íntimas y pueden llegar a ser muchísimo más estrechas si influencias no-occidentales continúan empeñadas en dominar el mundo". Jean Monnet se expresó más sucintamente al decir: "No se defiende una nación; no se defiende una civilización. Estados Unidos y Europa tienen una herencia común, así como formas también comunes de enfoque de la libertad individual y de las actividades comerciales".

Pero, sobre todo, en Europa se hallan implicados los intereses de la seguridad de Estados Unidos. Ciertamente que no se trata de una forma de hablar, sino de un principio inmutable, que gran parte de nuestra seguridad depende de la seguridad de Europa y que una parte igualmente importante de la seguridad europea depende de la de Estados Unidos. John McCloy, en sus declaraciones ante el Subcomité Randall dijo que "la importancia de nuestra interdependencia es tal, que si intentamos ver a Europa, no sólo alejada de nosotros, sino en la oposición en todos aquellos problemas críticos, neutral o extremadamente sensible ante las presiones comunistas, las perspectivas serían ciertamente deprimentes". El Presidente Nixon fue más explícito, al decir: "Para Estados Unidos, Europa es tan importante como Alaska y no puede desembarazarse ni de una ni de la otra".

A este respecto hay, creo yo, tres problemas que son básicos para los intereses de la seguridad de Estados Unidos.

El primero de ellos es que la OTAN, o algo similar, es esencial para los intereses de la seguridad de Estados Unidos, lo mismo que, en mi opinión, lo es para los intereses de la seguridad de todas y cada una de las naciones miembros de la OTAN. Sin la OTAN, el Oeste quedaría a merced de las presiones soviéticas, a los esfuerzos rusos para apoderarse de los países uno a uno y a una peligrosa inestabilidad y amenazas a la paz.

El segundo problema pone de manifiesto que es esencial la existencia de una fuerza colectiva importante que haga viable la OTAN y proporcione a Estados Unidos la seguridad necesaria. Sin la existencia real de tales fuerzas, la OTAN podría convertirse en simple "papel-mojado", al igual que ha ocurrido con otros Tratados. Si desapareciese esta fuerza colectiva que existe hoy, creo que no podría ser reorganizada. Fue creada bajo condiciones anormales a principios de la década del 50, y a las órdenes de un Jefe -el General Eisenhower- singularmente cualificado para inspirarla y organizarla. Una vez que se perdiera esta fuerza colectiva, no sería posible reunirlos de nuevo.

El tercer problema considera esencial para la existencia de una fuerza colectiva fuerte y, en consecuencia, para la efectividad y viabilidad de la OTAN y también para los intereses de la seguridad de Estados Unidos, el mantenimiento de unas fuerzas militares norteamericanas equilibradas - en la zona europea. Estas fuerzas que proporcionamos no representan una contribución superior a la de los otros países miembros de la alianza. El Informe del Subcomité Randall señaló, por ejemplo, que los otros aliados con

tribuyen con el 90 por ciento del personal de la OTAN, el 80 por ciento del potencial naval (en número de buques) y el setenta y cinco por ciento del potencial aéreo.

El mantenimiento de las fuerzas en sus actuales niveles hasta que la Unión Soviética acceda a unas reducciones equilibradas, la continuación de nuestros programas de modernización y perfeccionamiento no serán medidas baratas o populares en esta "era de negociaciones". A este respecto, considero particularmente interesante recordar una metáfora utilizada recientemente en un discurso pronunciado por el General Steinhoff, General alemán que preside el Comité Militar de la OTAN. Comparó las Fuerzas Armadas con una Brigada de Bomberos profesionales, la cual, durante más de veinte años, no había extinguido ni un solo incendio. En consecuencia, resultaba extremadamente difícil obtener de los presupuestos municipales el dinero necesario para comprar un vehículo de incendios y para justificar ante el Ayuntamiento el empleo de tantos bomberos, aparentemente ociosos. Yo diría que la Brigada de Bomberos de la OTAN -desempeñando un trabajo duro en su misión de elemento disuasivo- tiene una decidida influencia en cuanto se refiere a impedir que se inicien estos incendios.

Esta comparación está especialmente indicada por cuanto refleja dos importantes dimensiones de las contribuciones nacionales a la OTAN. La primera y más evidente es la contribución de fuerzas militares. De ahí que el mantenimiento de los niveles de fuerzas, la conducción de los programas de modernización, la firme oposición a cualquier reducción en el tiempo de permanencia en filas en aquellas naciones cuyas fuerzas se nutren del servicio militar obligatorio, sean de gran importancia para el futuro de la seguridad militar colectiva de las naciones de la OTAN. Pero hay una segunda serie de contribuciones que son igualmente importantes: los esfuerzos de los dirigentes nacionales para crear y fortalecer una atmósfera de comprensión y apoyo a los sacrificios que impone la defensa colectiva. Hoy día, es parte vital de la contribución de la nación a la OTAN, una buena disposición para tomar decisiones políticas destinadas a afrontar las obligaciones militares.

En 1951, al dirigirse al Congreso de los Estados Unidos, el General Eisenhower dijo: "El precio de la paz va a suponer un sacrificio, un sacrificio muy grande individual y nacionalmente. Pero la guerra total es una tragedia; es probablemente el suicidio de la civilización". Ahora, la guerra total parece hallarse mucho más remota que en 1951. No sé de nada, sin embargo, que haya reducido el precio de la paz. Por el contrario, ese precio y los sacrificios que exige continúan siendo grandes.

Hoy, a pesar de la inflación y de las conversaciones, es de vital importancia que las naciones de la OTAN consigan el dinero necesario para comprar el nuevo vehículo de incendios y para las imperiosas mejoras en el viejo cuartel de bomberos. Es igualmente importante que justifiquen la necesidad de los bomberos ante el Ayuntamiento. Ahora, como quizás nunca jamás, es precisa una dirección nacional que pueda y quiera mantener la potencia colectiva de las naciones y pueda aclarar a todos la interdependencia de la disuasión y détente. Sólo así podrá continuar siendo la OTAN durante la próxima década, -al igual que lo ha sido en la pasada-, la alianza más efectiva que jamás conociera el mundo para el mantenimiento de la paz.

Texto de la declaración hecha por el Senador Edmund Muskie, Presidente del Subcomité del Senado sobre control de armamentos, derecho internacional y organización, en la Sesión de Apertura, el día 25 de julio de 1973, de los debates sobre "Reducción Mútua de Fuerzas en Europa".

Durante tres décadas, los Estados Unidos han estado estrechamente implicados en el mantenimiento de la integridad política y la seguridad militar de Europa Occidental. En la era post-Vietnam que acaba de comenzar, serán elementos importantes de nuestra política exterior las relaciones políticas, económicas y militares con nuestros aliados.

Serán fundamentales en estas relaciones los compromisos militares de Estados Unidos en Europa. Actualmente, no tenemos más de 300.000 hombres y 250.000 familiares al otro lado del Atlántico. Esto representa el despliegue más importante de fuerzas americanas en Ultramar. En total, tenemos asignadas nueve Divisiones para prestar servicio en la OTAN, así como cuarenta Grupos de las Fuerzas Aéreas y la Sexta Flota -sin incluir otros muchos elementos de nuestro disuasivo nuclear estratégico que están desplegados en territorios nacionales y en el extranjero. El costo del mantenimiento de las fuerzas americanas en Europa, junto con el de aquellas Unidades que, en Estados Unidos, tienen misiones en la OTAN, ha venido aumentando progresivamente de 12.000 millones, en el año fiscal 1971, a 17.700 millones de dólares consignados para el año fiscal de 1973. En este último año fiscal se estima en más de 1.500 millones el déficit de la balanza de pagos - como resultado de las cuentas militares en Europa.

Recientemente han tenido lugar un número de acontecimientos que han alterado en forma apreciable el panorama político y económico europeo -las reuniones cumbre de Moscú y Washington y la creciente détente Este-Oeste; el acuerdo de SALT I; el acuerdo de Berlín; las negociaciones pre-

liminaries sobre la seguridad europea y las relativas a la Reducción Mútua y equilibrada de Fuerzas; la entrada de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca en el Mercado Común; y dos sucesivas devaluaciones del dólar, para citar sólo unas pocas. A pesar de estos cambios, el Departamento de Defensa ha indicado en su Informe de Recursos Humanos Militares para el año fiscal 1974 su interés por mantener en Europa los mismos efectivos militares del pasado año.

Pocos dudan de la necesidad de una OTAN fuerte y eficaz. Casi nadie duda que el potencial militar de la Alianza ha desempeñado papel importante en el logro de la tan mejorada situación en las relaciones Este-Oeste. Pero habida cuenta de la mejora de nuestras relaciones con los soviéticos, vistos nuestros propios problemas económicos y la falta de buena voluntad por parte de los ahora prósperos países europeos para asumir una proporción considerablemente mayor de las cargas de la OTAN, se han suscitado un número de dudas acerca de nuestra política actual, que este Comité intentará examinar: la exposición razonada sobre la conveniencia de mantener o no, nuestros actuales niveles de fuerzas en Europa; la magnitud de los gastos -y consiguiente déficit en la balanza de pagos- necesarios para mantener estas fuerzas; y la posibilidad de reducir en estos momentos los efectivos de las fuerzas norteamericanas en Europa en base de reciprocidad.

El Gobierno ha adoptado la postura de que sería imprudente para este país reducir unilateralmente nuestros efectivos militares en Europa, aún en cifras simbólicas. El Gobierno ha argumentado que no hay nada "inmutable" respecto al número exacto de hombres que tenemos en Europa, pero que cualquier reducción unilateral en las fuerzas de Estados Unidos en Europa iniciaría "el proceso de debilitamiento de la defensa en tiempo de paz del Oeste" y "mutilaría los futuros esfuerzos para negociar reducciones mutuas con las naciones del Pacto de Varsovia".

Por otra parte, debemos recordar todos que las sesiones preliminares sobre Reducciones Mutuas y Equilibradas de Fuerzas empezaron en enero de 1973, duraron cinco meses en lugar de las cinco semanas previstas; y que según cálculos del propio Gobierno, las futuras conversaciones de las llamadas Reducciones Mutuas de Fuerzas se prolongarán durante 1 ó 2 años como mínimo. De momento, debemos ocuparnos de problemas reales -económicos, militares y políticos que no podemos archivar fácilmente mientras negocian nuestros diplomáticos.

Las fuerzas de Estados Unidos han permanecido en Europa, en gran número, desde que el Congreso aprobó en 1951 aumentar nuestras fuer

zas terrestres en aquel continente en cuatro Divisiones, ante el temor de que las hostilidades de Corea pudieran desembocar en una creciente amenaza soviética a las naciones de Europa Occidental. Desde 1951, la cuantía del personal militar de guarnición en Europa ha sido fijada por el Secretario de Defensa, la Junta de Jefes de Estado Mayor y el Consejo Nacional de Seguridad. Esto no debería ser así. El Congreso es constitucionalmente el responsable de revisar y de introducir reformas en nuestros niveles de fuerzas y en el despliegue en ultramar, cuando se consideren necesarias. Espero que este debate proporcione al Congreso la información y las ideas necesarias para que pueda llevar a cabo su misión constitucional respecto a las necesidades de nuestra seguridad en Europa.

Declaración del Jefe de la Mayoría del Senado, Mike Mansfield, hecha el día 25 de julio de 1973 ante el Subcomité del Senado sobre Control de Armamentos, Derecho Internacional y Organización.

Estados Unidos tienen actualmente en suelo extranjero unos quinientos mil individuos de las Fuerzas Armadas. Además, se encuentran embarcados más de cien mil hombres. Casi el 30% de nuestras fuerzas militares se encuentra en guarniciones fuera de las fronteras norteamericanas. Nunca, desde los días del imperio británico o, más probablemente, del imperio romano, ha sido necesario el empleo de tantos individuos para "mantener la paz" lejos de sus fronteras.

Creo que es importante considerar la cuestión en el amplio contexto de las fuerzas de Estados Unidos repartidas por el mundo entero. Se ha puesto dolorosamente de manifiesto, y se ha aceptado en general, en el Senado de Estados Unidos, al menos durante los últimos años, que Norteamérica está excesivamente extendida en el extranjero.

No debemos olvidar la lección de la trágica guerra de Vietnam; porque la tragedia se repetirá únicamente en el caso de que nos neguemos a aprenderla y a actuar consecuentemente.

La resolución de Compromisos Nacionales que fue aprobada por unanimidad en el Senado puso claramente de manifiesto el sentir que prevalecía en el Senado. Otra de las decisiones importantes adoptadas por ambas Cámaras del Congreso, por unanimidad, fue la Ley de Poderes de Guerra.

Estas decisiones vitales vienen a reformar y perfeccionar nuestro mecanismo institucional. Informan del grado de tolerancia del Congreso. Demuestran una actitud congresional que persigue una mayor participación -

en la responsabilidad. Sin embargo, estos cambios constructivos no son su ficientes. Debemos aceptar el hecho de que nuestros compromisos y nues- tra política no siempre se perfilan conforme a la forma y sistemas tradicio- nales. De hecho, algunas decisiones políticas parecen haber "ocurrido sim- plemente.

La presencia de tantas Unidades de las Fuerzas Armadas norte- americanas en suelo extranjero responde a esta política. Su presencia pre- supone una política que favorece considerablemente la opción militar. En la Legislación de Poderes de Guerra el Congreso disiente de semejante favor. La dificultad fundamental para discernir la naturaleza de la política nortea- mericana en el extranjero consiste en que el despliegue y los niveles de -



fuerza de Estados Unidos en ultramar han determinado nuestra política, - en lugar de ser esta política la determinante de los niveles de fuerza fuera de sus fronteras. La hurañería de la actitud de la rama ejecutiva respecto de los niveles de fuerzas en el extranjero, puesta de manifiesto durante los pasados 25 años, puede explicarla únicamente la incapacidad de los políti- cos para darse cuenta que la presencia de nuestras fuerzas en suelo extran- jero formaba parte de la política nacional, y los políticos se entretienen real

mente en articular racionalizaciones extemporáneas. Los miembros de la rama ejecutiva, prescindiendo de partido, con permanencias en sus cargos de dos semanas, dos meses, dos años o dos décadas, han dicho siembre lo mismo; que el mundo desaparecería si nuestros soldados regresaban a la patria.

Pero los suspiros por regresar a la Patria se dejarán sentir con mayor apremio a medida que pasen los meses. La negativa de esta Administración a consignar 12.000 millones de dólares para atenciones domésticas; el cierre de muchas Bases Militares en Estados Unidos por razones de tipo económico, dejando a muchos americanos sin trabajo; la devaluación del dólar en más del 25 % en los dos últimos años; todo contribuirá a centrar la atención en la que hasta ahora ha sido considerada como cuestión que debería dejarse a los "expertos". Creo que este año serán oídos los razonamientos.

Como he dicho antes, es el hecho que Estados Unidos tiene más de 600.000 hombres fuera de sus fronteras nacionales y sus territorios y posesiones. Mantenemos más de 2.000 bases e instalaciones en suelo extranjero. Hay más de 314.000 miembros de las familias del personal militar en ultramar, que acompañan a sus maridos, padres, etc... El Departamento de Defensa emplea directa o indirectamente alrededor de 173.000 nacionales extranjeros en estas bases de ultramar, en apoyo de las fuerzas de Estados Unidos. Estas no son razones para traer nuestras fuerzas a la Patria, pero son hechos que deben ser tenidos en cuenta y hacer entrar en razón a Estados Unidos.

La concentración de fuerzas más importante se encuentra en Europa. Al menos se pidió al Congreso, en 1950, que participara en la decisión de enviar fuerzas a aquel Continente. Pero pueden suscitarse cuestiones igualmente poderosas en cuanto a la permanencia de fuerzas norteamericanas en Thailandia, que ascienden a unos 45.000 hombres; o en Okinawa, -- unos 40.000; o Corea, unos 42.000; o Formosa, unos 8.000; o Filipinas, -- unos 15.000, o Japón, unos 18.000; o incluso en las islas Bermuda, donde -- unos 1.000 hombres defienden nuestros intereses nacionales.

Echemos una mirada a Europa cuando se procedió a la estructuración de la OTAN. Pasemos revista a las realidades que tuvo que afrontar entonces esta nación y que precipitaron el envío de cuatro Divisiones a Europa. Veamos las premisas por las que el Congreso accedió a este envío de cuatro Divisiones y las manifestaciones que se hicieron entonces sobre la permanencia de tales fuerzas en el extranjero. Pasemos revista a Europa y Estados Unidos hoy día, 28 años después de la guerra y 23 años después del despliegue inicial de estas Divisiones en la OTAN.

- Europa después de la II Guerra Mundial.

La II Guerra Mundial dejó a Europa en ruinas. Era creencia general en el Oeste que el monolito comunista a las órdenes de Stalin, tenía como meta la dominación de todo el planeta. Estados Unidos actuaron rápidamente adoptando el esfuerzo de reconstrucción masiva más grande jamás intentado, con su Plan Marshall -esfuerzo cuyo éxito superó todas las previsiones. Las Instituciones de Europa, políticas, económicas y también las militares, estaban en peligro de extinción. Con estas condiciones en Europa, unidas a la percepción común de la amenaza de las hordas del Este, era imperativa una presencia militar fuerte en Europa Occidental, que completara el esfuerzo económico. Pero el Tratado del Atlántico Norte, en sí, no consideraba el empleo de fuerzas de Estados Unidos en el Continente europeo como disuasivo. De hecho, el Tratado no contemplaba el despliegue de las Unidades del Ejército de Tierra norteamericano en Europa. Hasta 1951 no se tomó la decisión de enviar cuatro Divisiones del Ejército de Tierra a Europa y de solicitar del Congreso su asentimiento para este importante despliegue. Es altamente reveladora la historia del debate habido con este motivo en el Congreso.

El entonces Secretario de Estado Marshall señaló que no se podía esperar resultados mágicos de cuatro Divisiones. Se determinó el envío de esas Unidades en base a los recursos de que disponíamos. Si pudiésemos aplicar hoy día el mismo principio....! ¿Y por qué no hemos de aplicarlo?

Pero es aún mucho más revelador el intercambio de palabras habido entre el Senador Hickenlooper y el Secretario de Estado Acheson, en el curso del cual el Secretario Acheson aclaró que el Tratado de la OTAN, tal y como fue concebido, no contemplaba el envío a Europa de fuerzas norteamericanas y que estaba claro que cada uno de los firmantes del Tratado de la OTAN tomaría unilateralmente sus propias decisiones respecto a la contribución en equipos militares, personal e instalaciones. Además, el Secretario Acheson esperaba la repatriación de las fuerzas enviadas tan pronto como mejorara la situación.

Pero ¿cuáles fueron las condiciones que fueron tenidas en cuenta en 1951 para el envío de fuerzas a Europa y qué espinosos problemas debíamos resolver para decidir su regreso? El Senador Smith, de New Jersey solicitó esta información del General Bradley en 1951, y éste, el General Bradley, manifestó que la ausencia de un tratado de paz con Alemania, la falta de preparación de las otras naciones de Europa, así como las intenciones agresivas del Este, justificaban la decisión de Estados Unidos de permanecer en Europa.

Estas preocupaciones eran válidas en 1951. Además, la guerra de Vietnam estaba en todo su apogeo en aquellos momentos; China era enemigo activo; los soviéticos habían entrado en la era nuclear; el flanco suroriental europeo estaba todavía sujeto a la amenaza; empezaban a recuperarse las economías de Europa Occidental; prevalecía la inestabilidad política en la mayoría de los países europeos occidentales; hombres fuertes sustituían a las instituciones y proporcionaban la cohesión necesaria en Europa Occidental; pero, aún así, surgía la pregunta ¿deben comprometer Estados Unidos cuatro Divisiones como disuasivo de otra guerra europea, al menos hasta que Europa esté preparada para asumir su propia defensa?

El Congreso dió su consentimiento a la petición y las fuerzas norteamericanas regresaron a Europa para hacer frente a la amenaza que se percibía en aquellos momentos. No obstante la realidad de aquella amenaza ¿ha cambiado desde entonces?

- Europa desde la década del 50

Cuando las fuerzas de Estados Unidos fueron inicialmente enviadas al Continente Europeo, el Producto Nacional Bruto total de todas las naciones europeas de la OTAN era de 46.900 millones de dólares, mientras que en 1972 fue de 831.900 millones. Prevalcía una peligrosa era de confrontación y las instituciones nacionales eran débiles. No existían virtualmente las relaciones mútuas. Examinemos y comparemos los cambios económicos habidos:

<u>ESTADOS UNIDOS</u>	<u>1951</u>	<u>1972</u>
Importaciones de Rusia	27,4 M	95,5 M
Exportaciones a Rusia	- -	546,7 M
Importaciones de Europa Oriental	63,8 M	320,1 M
Exportaciones a Europa Oriental	2,8 M	818,2 M

El total de las exportaciones de todos los países de la OTAN a la Unión Soviética y Europa Oriental ascendió a 9.890 millones de dólares. Las importaciones de la URSS y Europa Oriental por los países de la OTAN totalizaron la cantidad de 8.670 millones. Sólo en esta área de comercio entre los bloques debemos reconocer que se ha producido un cambio extraordinariamente dramático.

Pero todavía más significativo que la evaluación de la fortaleza de Europa Occidental y la apreciación del gran intercambio comercial entre el Este y el Oeste, es el importante número de acontecimientos habidos desde 1963, que ponen de manifiesto, y contribuyen en grado sumo a, la suavización de las tensiones entre el Este y el Oeste. He seleccionado ochenta y dos acontecimientos, que considero importantes, desde 1963. Figuran entre ellos, los momentos de mayor tensión, la prohibición de los experimentos nucleares, el tratado de no proliferación del armamento nuclear, el tratado de normalización de relaciones entre Alemania y Polonia, el acuerdo ruso-alemán occidental sobre apertura de consulados, los tratados de Alemania con la Unión Soviética, el Tratado de la SALT, la firma del tratado de relaciones diplomáticas entre Alemania Oriental y Alemania Occidental. Pero para muchos no ha variado el temor a la amenaza de una guerra clásica total desencadenada por las hordas rusas. La inflexibilidad afecta no sólo a la retórica, sino a la política. El General Eisenhower, en unas declaraciones hechas en 1951 sobre las responsabilidades del Congreso en cuanto a la determinación y evolución de la cuantía de las Fuerzas de Estados Unidos en Europa, dijo:

"Creo firmemente que el Congreso debería concebir un enfoque respetable y razonable, y en el momento que vea algo que sea, digamos descabellado, intervenir sin vacilaciones".

Creo que ha llegado el momento de que reconozca el Congreso, haciéndose eco de las palabras del General Eisenhower, que hay algo descabellado en la permanencia de las fuerzas de Estados Unidos en el extranjero. El Presidente Eisenhower reconoció más tarde que el cambio estaba justificado. En 1963 afirmó que una División sería suficiente para cumplir nuestros compromisos con la OTAN.

Es evidente, si consideramos la importancia de los acuerdos con la Unión Soviética y Europa Oriental, que ha cambiado en forma significativa la tensión que existía a principios de la década del 50. Se han propuesto nuevos contactos entre el Este y el Oeste. El Presidente Nixon declaró en junio de 1972 ante una reunión conjunta del Congreso que:

"Con la formación de hábitos de cooperación y el fortalecimiento de lazos institucionales en aquellas zonas donde sea posible el fomento de empresas pacíficas, estos cuatro acuerdos (conferencia cumbre de Moscú - de mayo de 1972) a que me he referido, crearán en ambos bandos un ininterrumpido interés en el mantenimiento de buenas relaciones entre nuestros dos países.

"El incremento del comercio ruso-americano será también beneficioso para nuestras dos naciones. Cuando las dos economías más grandes del mundo comiencen a comerciar entre sí, en escala mucho mayor, incrementará el nivel de vida de ambas naciones y fomentarán los anhelos de paz sentidos por los dos países".

Es hora de que Estados Unidos reconozca la existencia de su propia política hacia el Este. La política de este Gobierno debería ser consistente; no una política de intercambios comerciales y culturales con la Unión Soviética y de enfrentamiento en el aspecto militar. Debería haber sólo un único barómetro por el que este Gobierno midiera sus acciones respecto al Este.

Pero tenemos muchos barómetros, que proporcionan lecturas diferentes para los mismos fenómenos. Este doble patrón para enjuiciar nuestra política vis a vis del bloque oriental no puede proporcionar resultados deseables. Si nuestra política respecto al Este se orienta al deseo de abrir mercados y fomentar una mutua interdependencia Este-Oeste, semejante política producirá beneficios que rebasarán la esfera económica, como ha ocurrido ya con el incremento de los intercambios culturales y educativos. Es la evolución natural de los acontecimientos de la pasada década. Pero en la esfera militar -en la estructura de la OTAN- lo que permanece es la vieja inflexibilidad; un estancamiento en las antiguas realizaciones de los pasados años.

Pero no es nueva, dentro de nuestra propia alianza, la práctica de actitudes dobles. Nuestros aliados europeos han consentido en adaptarse a los cambios operados entre el Este y el Oeste. No sólo retira Francia todas sus fuerzas de la OTAN -decisión que no propongo sea seguida por Estados Unidos- sino que Canadá reduce considerablemente sus fuerzas militares. Otras Naciones de la OTAN se han quedado, en los últimos años, más rezagados que Estados Unidos en cuanto a las aportaciones de efectivos militares a la OTAN; de hecho, Estados Unidos ha sido el más fiel en llevar la carga de la alianza en toda la historia de la misma. Hace exactamente dos semanas, el Secretario Schlesinger afirmó que Estados Unidos estaba contribuyendo con una participación superior a la que le correspondía en la defensa de Europa. Sin embargo, Estados Unidos no puede adoptar la acción unilateral que se estipula claramente en el Tratado -acción unilateral contemplada, por ende, por todos los miembros del Tratado. Las consultas previas podrían ser amplias, pero la decisión sería unilateral.

Ha llegado el momento de que Estados Unidos se den cuenta que se han suavizado las tensiones entre el Este y el Oeste -y que esta relajación es un cambio saludable y deseable. Son éstos momentos que justifican que dejemos a un lado la retórica de la guerra fría, utilizada para defender un "statu quo" de compromisos militares en todo el mundo. Ha llegado el momento de reconocer una acción largamente esperada, y de no retardar esa acción amparándonos en negociaciones multinacionales que podrían tardar una década o más para proponer decisiones menos importantes de lo que esta justificado hoy. Es hora ya de responder al espíritu de détente, al éxito del Plan Marshall y a la actual vitalidad económica de Europa; de responder a las realidades de la década del 70; de responder más plenamente a las necesidades de nuestro propio pueblo dentro de la nación.

- Respuesta flexible

De ahí, lo absurdo de la postura Estados Unidos-OTAN que propugna por una guerra larga en Europa. Indica la ranciedad de conceptos que han acompañado a la posición militar americana en la Alianza Atlántica.

Si bien no es mi intención entrar en discusiones detalladas de naturaleza militar, hay algunos puntos que creo afectan directamente a nuestra consideración de los niveles adecuados de las fuerzas de Estados Unidos en Europa. El foco principal de estas discusiones lo constituye la llamada teoría de la "respuesta flexible". Esta política fué anticipada por Estados Unidos a principios de 1965, pero no fue adoptada formalmente por la OTAN hasta 1967. Ciertamente que no me opongo a cualquier tipo de política que persiga evitar el tener que recurrir automáticamente a la guerra nuclear. Y como quiera que la respuesta flexible está destinada a proporcionar un período de espera prolongada antes de recurrir a las armas nucleares, ha sido interpretada como razón para preparar una guerra clásica en gran escala, similar a la II Guerra Mundial. Pero, ¿nos encontramos, una vez más, ante un caso de palabras que vienen a sustituir una política sensata; a limitar la elección de la OTAN, bien a una guerra nuclear inmediata o a una prolongada guerra exclusivamente clásica?

El "Economist", uno de los periódicos mas conservadores en asuntos europeos, escribía el 16 de septiembre de 1972:

"El meollo de la cuestión está en que la mayoría de la gente cree que las actuales fuerzas aliadas en Europa Occidental, incluido el contingente norteamericano, no podrían defenderse más de una semana sin el empleo de armas nucleares, y tal vez, no más de dos o tres días. La retirada de la

mitad del contingente norteamericano reduciría probablemente aquella defensa a un máximo de cuatro días y a un mínimo de uno, a menos que los rusos reduzcan su Ejército proporcionalmente, o los europeos occidentales puedan compensar las bajas producidas por la retirada americana". Así que la doctrina de la respuesta flexible es sumamente constructiva, en cuanto viene a prolongar el período de espera antes de que una confrontación en Europa degenera en un holocausto nuclear. Según hizo notar el "Economist" una semana es el máximo período de espera que cualquier europeo considerara realmente que podría resistir la estructura de la OTAN. Esto es realismo puro. Es del dominio público que en Europa Occidental hay desplegadas más de 7.000 armas nucleares de empleo táctico, algunas de ellas muy cerca de la frontera. Vista esta gran proliferación de cabezas de guerra nuclear en Europa, y estando algunas de ellas tan cerca de la frontera, resulta difícil para mí considerar seriamente un escenario de guerra clásica que no pueda degenerar en guerra nuclear en menos de dos días. Nuestras armas nucleares "de empleo táctico" serán "capturadas" o "explosionadas".

El "teléfono rojo" fue instalado en Washington y Moscú para permitirnos estar al corriente del período de espera. Si la estrategia de la OTAN contempla una guerra clásica en gran escala, entonces todas las armas nucleares -tanto las de empleo táctico como las estratégicas- deberían ser retiradas a la retaguardia, donde sería posible mantener la opción de no hacer uso de estas armas. Es una total contradicción tener armas nucleares de empleo táctico, algunas de ellas asentadas en el terreno cerca de la frontera y estar preparándose para una prolongada guerra clásica, del tipo de la II Guerra Mundial, en Europa. Así las cosas, estamos obligados a estructurar las fuerzas norteamericanas para una guerra larga en Europa. Las reservas de abastecimientos y logísticas de las fuerzas americanas en Europa están calculadas para un período de 60 a 90 días, lo que viene a incrementar las cargas de personal y abastecimientos en proporciones que escapan a todo razonamiento.

Pero es todavía mucho más significativa la reacción europea a cualquier tipo de retirada de fuerzas americanas del Continente. Es axioma aceptado que los europeos seguirían el ejemplo y reducirían igualmente sus fuerzas clásicas.

¿Cuál es, pues, la amenaza que exige la permanencia de tantas fuerzas de Estados Unidos en el Continente? Si existe una amenaza real de guerra clásica procedente del Este, ¿no responderán entonces nuestros aliados europeos, que se hallan más próximos a la "amenaza", con una acelerada aportación de recursos? Pues no, se despreocuparían igualmente, -

aceptarían la détente y dedicarían más recursos a fines no militares. Entonces ¿por qué debemos asumir nosotros, que nos encontramos a 3.000 millas de distancia, la arrogancia de presumir la existencia de una amenaza mayor a Europa que la percibida por ellos?

Creo que la cuestión exige una respuesta racional, pero no la hay. Pone, sin embargo, de manifiesto la influencia de la postura militar en Europa por parte de Estados Unidos. Desde la creación de la OTAN, no ha habido jamás un Comandante Supremo Aliado que no fuese norteamericano. Las percepciones norteamericanas de la amenaza son toleradas por los europeos, y ¿por qué no? Estados Unidos apechuga con la mayor parte de la carga económica. Como quiera que es, realmente, nuestra respuesta nuclear - la que los europeos desean ver comprometida, es muy grande su tolerancia de nuestras excentricidades, incluida la contingencia de la II Guerra Mundial.

Si se produjera la improbable contingencia de un movimiento masivo por las fuerzas del Pacto de Varsovia, no me es posible concebir que el Presidente de Estados Unidos rehusara ponerse en contacto inmediato con el Premier de la Unión Soviética.

En el peor de los casos, si el escenario militar de la OTAN se viera en la necesidad de defenderse contra un movimiento masivo procedente del Este, el ataque tendría que venir necesariamente a través de llanuras del Norte de Alemania, la zona más idónea para un movimiento rápido por las condiciones del terreno. Para este ataque clásico las fuerzas de Estados Unidos guarnecen la parte menos indicada de Alemania. Las fuerzas americanas están desplegadas en las regiones Central y Meridional de Alemania, con unos enormes medios de apoyo y una estructura de Mando Superior que mantiene todavía un Oficial General por cada 2.200 hombres aproximadamente.

Me pregunto si no ofrecerían mayor garantía, contra cualquier forma de presión procedente del Este, unas fuerzas militares de Estados Unidos, convenientemente estructuradas, compuestas por una, o dos a lo sumo, Divisiones Ligeras Móviles que pudieran maniobrar rápidamente a lo largo de la frontera alemana.

Sería una respuesta más realista al improbable tipo de ataque que pudiera provenir del Este. Permitiría la intervención de las fuerzas americanas desde el primer momento, aliviando de esta forma los temores europeos de que los Estados Unidos no intervendrían en el caso de una incursión relámpago en Europa Occidental.

- La MBFR (Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas)

Durante años nos han dicho, repetidamente, nuestros propios funcionarios y los de Europa, que deberíamos proceder a alguna reducción de la presencia militar de Estados Unidos.

Pero nunca es momento oportuno para tal decisión. Hace dos años se argumentó que estaba en marcha la política de détente y que no deberíamos hacer nada que interrumpiera el proceso, incluso las negociaciones SALT Estados Unidos-Unión Soviética y las metas perseguidas por la "Ostpolitik" del Canciller Brandt.

Hoy nos encontramos ante una nueva situación. Han tenido éxito las primeras y más importantes conversaciones de la conferencia SALT; han sido concluidos los Tratados de Varsovia y Moscú; ha sido normalizado el "status" de Berlín; con el intercambio de visitas entre el Presidente Nixon y Brezhnev se ha creado un clima nuevo y mejor, que nos permite hablar de la guerra fría como algo del pasado.

A pesar de este movimiento, se nos dice que es este el "peor de los momentos" para tomar decisiones sobre la cuestión de nuestras fuerzas en Europa. Las negociaciones sobre reducciones mutuas de fuerzas deben comenzar el día 30 de octubre de 1973.

Al principio, todos los conocedores de la materia nos dijeron que las negociaciones para la reducción mutua y equilibrada de fuerzas serían aún más complicadas y largas que la primera fase de las SALT. Las especulaciones mejor informadas y más optimistas señalan como resultado de tales negociaciones, después de dos o tres años, una probable reducción de no más del 10 al 15 por ciento por parte de los países implicados.

Nada ha ocurrido entre tanto, desde la carta del Presidente Nixon del 22 de noviembre de 1971, que nos haya dado una imagen diferente de la cuestión. Ciertamente que desde las conversaciones preliminares -es decir, conversaciones en cuanto a si debía o no haber conversaciones-, que se suponía deberían durar cinco semanas escasas, y consumieron unos cinco meses, ha aumentado, en lugar de disminuir, mi escepticismo acerca de la reducción mutua y equilibrada de fuerzas. Dudo realmente que Estados Unidos pueda permanecer inmovilizado en la cuestión de sus fuerzas durante un período mínimo de dos, y posiblemente de cuatro a cinco años, o tal vez mayor. Así que la argumentación de esperar a la reducción mutua y equilibrada de fuerzas supone realmente posponer indefinidamente la adopción de una decisión importante.

- Acción unilateral

Los problemas que presenta la reducción mutua y equilibrada de fuerzas se complican extraordinariamente, aun en el caso de que las reducciones se realicen bilateralmente. La situación de las fuerzas, la reducción proporcional de una parte en contraposición con la otra, presentará, en razón a las diferentes necesidades logísticas, un número de soluciones igual al del de participantes en la conferencia. Así, la complejidad de la reducción mutua y equilibrada de fuerzas aumenta en 19 veces.

El buen criterio del Tratado del Atlántico Norte, de dejar la cuestión de la asignación de fuerzas a la Organización de la OTAN a la decisión unilateral de cada uno de los países miembros, es abandonado en la Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas. El único método práctico a seguir en esta cuestión, es la acción unilateral. Todas y cada una de las naciones que participen en las negociaciones, bien sean bilaterales o multilaterales, solo pueden aceptar en tales negociaciones aquello que estimen pueden hacer unilateralmente ó lo que deben hacer en su propio interés nacional. Ninguna negociación con la Unión Soviética la convencería para que redujera sus fuerzas en Europa Oriental, si considera que tales fuerzas son necesarias en los países de Europa Oriental para otros fines, que no sean los de protegerse contra una amenaza externa. En forma similar, si la Unión Soviética presume que sus fuerzas son muy necesarias en otras zonas, si desea invertir una mayor proporción de sus recursos a fines no militares, sólo entonces procederá la Unión Soviética a efectuar las reducciones convenientes, pero sólo entonces.

Por lo tanto, la decisión unilateral por nuestra parte, de reducir las fuerzas de Estados Unidos en Europa, a la vez que mantenemos nuestros compromisos con un número de fuerzas prudentemente estructuradas, pero convenientemente reducidas, pudiera muy bien estimular una respuesta similar por parte de la Unión Soviética. Existen precedentes de este tipo muy recientes. Las acciones unilaterales e independientes adoptadas por Estados Unidos y la Unión Soviética relacionadas con las moratorias de los experimentos nucleares en la atmósfera precipitaron respuestas independientes constructivas similares por ambos países, que condujeron en definitiva al Tratado de Prohibición de los Experimentos Nucleares. Por lo tanto, son justificadas las argumentaciones en el sentido de que la acción unilateral no puede producir respuestas constructivas.

La acción unilateral por parte de Estados Unidos podría motivar resultados sorprendentes y constructivos. Lo que la gente no quiere compren

der es que la Unión Soviética, desde que terminó la II Guerra Mundial, no solo ha estado actuando, sino reaccionando, dentro de su organización militar. Gran parte de las fuerzas soviéticas fueron creadas en momentos en que Estados Unidos gozaba de una clara superioridad nuclear. Los observadores mejor informados, tanto aquí como en Europa Occidental, coinciden en apreciar que la Unión Soviética es considerablemente más conservadora y desconfiada que Estados Unidos en razón a sus experiencias históricas y al carácter de su sociedad.

Sin embargo, nadie parece dispuesto a aceptar la inercia de este conservadurismo militar de la Unión Soviética. Olvidamos que los discursos de nuestros Comandantes de la OTAN, así como los de nuestros dirigentes políticos, relativos a la necesidad de mantener los efectivos y la preparación de la OTAN, son examinados, bajo puntos de vista diferentes al que han sido expresados, por los dirigentes soviéticos. Parece una deducción simple, que ellos no confían en nosotros más de lo que nosotros nos fiamos de ellos, pero nosotros podemos digerir este punto de vista y actuar en consecuencia.

- La carga financiera

No he tratado la cuestión de la sangría presupuestaria y de la balanza de pagos que supone la permanencia de nuestras tropas en ultramar. He dejado deliberadamente a un lado este punto, al considerar estos problemas por que creo que Estados Unidos afrontará los gastos necesarios para cumplir sus obligaciones internacionales. Nuestra historia lo demostrará. Pero creo que está claro que Estados Unidos pueden cumplir sus obligaciones en ultramar con una importante reducción de sus fuerzas en suelo extranjero.

Creo firmemente que podremos llegar a una solución, en parte por el problema de los recursos nacionales. Pero salvaremos estos recursos, no mediante la orientación de nuestras obligaciones internacionales, si no eliminando el despilfarro motivado por tantos años de desatención a una política internacional racional.

Este Comité sabe muy bien que el costo total de nuestros compromisos con la OTAN asciende a una cifra que se aproxima a los 17.000 millones de dólares, todo incluido, excepto las Fuerzas Estratégicas; que el costo anual directo de las actividades de los 300.000 hombres a que ascienden, aproximadamente, los efectivos de las fuerzas de Estados Unidos des-

tacadas en Europa, totaliza unos 4.000 millones de dólares; que el resultado neto de la sangría de la balanza de pagos, consecuencia de la permanencia de las fuerzas de Estados Unidos en Europa, asciende a 1.500 millones de dólares al año, aproximadamente; y que estas cifras aumentan día a día en razón a la situación de desventaja en que se encuentra Estados Unidos, - como consecuencia de la inflación, de las devaluaciones sucesivas del dólar y de otros contratiempos.

El retorno a la normalidad por parte de Estados Unidos y de sus fuerzas en ultramar, produciría ahorros muy importantes en recursos a la nación. No he mencionado deliberadamente la cuestión de si las tropas que deben ser retiradas de suelo extranjero, han de ser o no desmovilizadas. En mi opinión, una política internacional sensata por parte de Estados Unidos, podría ir acompañada de una reducción del 50 por ciento de los 500.000 hombres, o más, que están desplegados en suelo extranjero en todo el mundo.

El regreso de más de 250.000 hombres pondría de manifiesto - que no serían necesarios sus servicios para cumplir las actuales obligaciones internacionales y nacionales, y, en consecuencia, estaría indicada su - desmovilización. Pero no creo que debamos ocuparnos en estos momentos - de la cuestión de la desmovilización, puesto que creo que las presiones para reclutar unas fuerzas militares armadas, una vez desaparecido el servicio militar obligatorio, resolverán en gran parte el problema de la desmovilización.

- Conclusión

Me gustaría sugerir un curso de acción, que espero sea acogido como razonable y deseable. Creo que es un procedimiento que facilitaría una orientación civil adecuada a nuestros Jefes Militares y les proporcionaría - unos límites convenientes para que pudieran ajustarse a las reducciones específicas dimanantes de esta propuesta.

Creo que debemos proceder a una reducción del 50 por ciento - del total de nuestras fuerzas destacadas en todos los territorios de ultramar. Creo que esta reducción debemos realizarla en un período de tres años y en forma cuidadosamente estructurada, la cual no llevaría necesariamente consigo la aplicación del mismo porcentaje a las reducciones a efectuar en cada uno de los tres años o en cada una de las zonas del mundo, sino que consideraría que no menos del 25 por ciento del total previsto se llevaría efecto en cada uno de los tres años. Prefiero hacer esto sobre una base mundial.

por que creo que Estados Unidos tienen sus fuerzas excesivamente extendidas, precisamente sobre esa base.

En segundo lugar, sugeriría limitar las reducciones a las Unidades con base en tierra, a fin de que nuestras Flotas pudieran continuar actuando al completo de sus efectivos, pero sin exceptuar al mismo tiempo, - del cómputo total, a las Unidades Navales que se encuentren en puertos nacionales.

Finalmente, propongo que se deje a la discreción de nuestros Jefes Militares aquellas decisiones de tipo militar que pudieran convenir a los intereses de nuestra política exterior.

En suma, la pródiga expresión de nuestro dominio exterior -expresión que ha rebasado los límites de lo razonablemente necesario- ha comenzado a minar nuestra libertad interna. Las revelaciones de los últimos meses, de las últimas semanas y de los últimos días pudieran, muy bien, - ser interpretadas, en parte, como la metodología del imperio americano - que vuelve a casa para minar la fibra de nuestra República. Creo que hemos hablado, discutido y porfiado suficientemente acerca de todo este problema de la política exterior de Estados Unidos y sobre la forma en que es aplicada en el extranjero. Es más que llegado el momento de actuar.

Declaraciones del Secretario de Defensa James Schlesinger ante el Subcomité de Control de Armamentos, Derecho Internacional y Organización del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, hecha el día 27-VII-1973.

Nos incumbe examinar con el mayor de los cuidados las posibles consecuencias, a largo plazo, de las diversas propuestas que están siendo sometidas ahora a la consideración del Congreso, destinadas a efectuar reducciones importantes en nuestros despliegues de fuerzas en Europa en los actuales momentos.

¿Por qué ha sido suscitada esta cuestión de la permanencia de las tropas de Estados Unidos en Europa? Creo que ha sido porque ha habido en los últimos años, considerables desacuerdos públicos -desacuerdos comprensibles- como resultado de la frustración y descontento que ha producido en la nación nuestra intervención en el Sudeste de Asia. Ha crecido en el país, en gran parte como consecuencia de esa guerra, un sentimiento de fatiga por las complejidades y dificultades de nuestra intervención, y también la esperanza de que puede haber llegado al fin la paz, ahora que la guerra está más que terminada para Estados Unidos y que ha comenzado un esperanzador diálogo con la Unión Soviética y con China. Este cambio ha venido acompañado por una tendencia a revisar toda la historia de los últimos veinte años, llamado algunas veces el período de la "guerra fría", e indagar si todo lo hecho por Estados Unidos durante ese período de tiempo debe ser puesto en tela de juicio y reexaminado.

Creo que es probable que tenga que ser examinado de nuevo. Necesitamos un nuevo debate público acerca de cuáles son nuestros intereses permanentes y cuáles deben ser nuestros compromisos. Pero lo que me asombra es que la OTAN y la seguridad occidental sean inevitablemente incluidas entre los intereses y compromisos permanentes de Estados Unidos.

¿Qué razones hay para considerar a Europa Occidental como interés permanente? Las razones, reconocidas claramente durante las I y II Guerras Mundiales, son de sobra conocidas. La dominación hostil de Europa Occidental y el control de sus vastos recursos supondrían un grave peligro para la seguridad de Estados Unidos. La pérdida de nuestras considerables inversiones y de las oportunidades comerciales nos causarían un gran daño económico. La pérdida de Europa Occidental produciría una intolerable contracción en la zona de la libertad mundial. Si bien es muy probable que nosotros podríamos sobrevivir aislados en el hemisferio occidental, lo haríamos a costa de algo que nos produce preocupación. Estaríamos aislados, no por nuestra propia decisión, sino por la de otros. No nos quedaría opción.

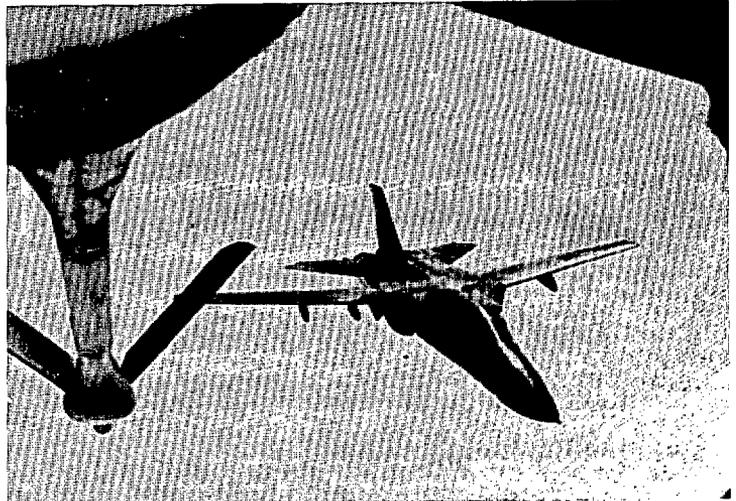
¿Por qué son importantes las fuerzas clásicas para la preservación de este interés? Puedo asegurarles que nuestras fuerzas continúan todavía en Europa, 28 años después de haber terminado la II Guerra Mundial, no porque el Presidente desee incurrir en los gastos políticos que lleva consigo un mayor despliegue de fuerzas en Europa, no por inercia o vicio, no para ahorrar a nuestros aliados europeos las contrariedades y gastos de su propia defensa, no por el simple capricho de mantener una "presencia" americana y, desde luego, que no, por razones "turísticas". La presencia de fuerzas clásicas en Europa Occidental es importante por lo siguiente:

Primero, porque existe una gran amenaza de guerra clásica. - Mientras que nosotros venimos reduciendo nuestras fuerzas clásicas, en forma drástica, a niveles inferiores a los de junio de 1968, e incluso por bajo de los anteriores a la guerra de Vietnam de junio de 1964, no han habido semejantes reducciones en las fuerzas clásicas soviéticas. Las fuerzas desplegadas en Europa Oriental por la Unión Soviética y sus aliados no sólo no han sido disminuidas, sino que, por el contrario, han sido reforzadas ininterrumpidamente. Sería una gran imprudencia por nuestra parte adoptar decisiones respecto a las fuerzas de Estados Unidos sin tomar en la consideración que merecen los efectivos militares soviéticos, precisamente en momentos en que depende todo del éxito de las negociaciones sobre limitaciones o reducciones de fuerzas por ambos bandos.

Segundo, porque ya no gozamos de una predominancia nuclear - estratégica. Ahora más que nunca, la OTAN necesita unos efectivos militares clásicos fuertes en Europa. No tenemos ya aquella predominancia en armas nucleares, que, al menos en la década del 50, sirvió para contrarrestar la superioridad de la Unión Soviética en fuerzas terrestres clásicas. La Unión Soviética ha logrado ponerse, aproximadamente, a nuestro nivel en armamento nuclear. Así, pues, ha decrecido el peso relativo de las fuerzas nucleares de la OTAN en la balanza de la disuasión, lo que ha venido a dar, consecuentemente, mayor valor a los efectivos militares clásicos de la OTAN.

Tercero, porque es importante que tanto nosotros como nuestros aliados tengamos opción para responder a la provocación soviética. Lo que deseamos asegurar, con nuestro énfasis en la disposición de unos efectivos clásicos en la OTAN, es una variedad de opciones, una mayor flexibilidad en la disuasión y, si fuese necesario, poder hacer frente a un ataque clásico - por parte del Pacto de Varsovia. La forma más probable de vernos comprometidos en una guerra, podría ser que la Unión Soviética, fiada en su superioridad en medios clásicos, intentara un movimiento militar con no demasiado riesgo aprovechando cualquier oportunidad, si viera cierta repugnancia por parte de la alianza de la OTAN al empleo de armas nucleares. Queremos colocarnos en posición de evitar que nuestra única opción viable, en el caso de un ataque clásico masivo por parte del Pacto de Varsovia., sea la de recurrir a la utilización inmediata de las armas nucleares. Creo que nuestros aliados comparten esta preocupación.

¿Por qué creemos que las fuerzas clásicas pueden ofrecer una opción real? . Existe actualmente un equilibrio muy delicado en la crucial Región Central de Europa. Las fuerzas del Pacto de Varsovia que se oponen a las de la OTAN son ciertamente formidables. Ellas están preparadas para la ofensiva, mientras que las de la OTAN están orientadas a la defensiva. El arma principal para la ofensiva es el carro de combate, y el Pacto de Varsovia supera con mucho a la OTAN en carros. Es cierto que el grueso de las fuerzas terrestres del Pacto de Varsovia se compone de Divisiones Acorazadas y Motorizadas, fuertemente apoyadas por Artillería. Este es el tipo de fuerzas esenciales para una rápida ofensiva.



El arma principal para la ofensiva es el carro de combate, y el Pacto de Varsovia supera con mucho a la OTAN en carros. Es cierto que el grueso de las fuerzas terrestres del Pacto de Varsovia se compone de Divisiones Acorazadas y Motorizadas, fuertemente apoyadas por Artillería. Este es el tipo de fuerzas esenciales para una rápida ofensiva.

Pero la OTAN tiene, también, unos medios defensivos militares muy importantes. Es lo cierto que en esta peligrosa Región Central, el Pacto de Varsovia supera a la OTAN en el número de hombres desplegados, es decir, 850.000 contra 750.000 hombres. Otro tanto ocurre en lo referente a carros y aviones, es decir 14.000 contra 6.000; y 2.800 contra 2.700, respectivamente. Así, si bien nuestros Mandos Militares en Europa no pueden garantizar que, en el caso de un ataque clásico soviético, podríamos resistir con éxito la presión, tampoco los Mandos Militares soviéticos, al con

siderar la importancia de las fuerzas de la OTAN, pueden asegurar a Moscú que les sería posible romper las líneas occidentales. Cualquier ataque sería una aventura muy arriesgada para el Pacto de Varsovia al examinar la potencia de las fuerzas de la OTAN que tendrían que vencer en la Región Central de Europa. Consecuentemente, mientras mantengamos nuestra actual estructura de fuerzas, el Pacto de Varsovia no sentirá grandes tentaciones para lanzar un ataque contra Europa Occidental; de lo que resulta una situación aceptablemente estable en Europa en los actuales momentos. Y queremos seguir manteniéndola.

Si bien es cierto que es muy necesaria la introducción de mejoras en los medios clásicos de la OTAN, en mi opinión las deficiencias existentes pueden ser remediadas con esfuerzos muy ligeros -siempre que los países de la OTAN, incluidos los Estados Unidos, realicen verdaderos esfuerzos complementarios, apliquen sus recursos allí donde sean más necesarios, organicen sus fuerzas en forma más consecuentes con la naturaleza de la amenaza del Pacto de Varsovia y están dispuestos a mantener un esfuerzo defensivo continuado.

¿Por qué es importante para el mantenimiento de esta condición de estabilidad, el despliegue de fuerzas de Estados Unidos en Europa? ¿Por qué lo son las 4 y 1/3 Divisiones y las Fuerzas Aéreas de apoyo? Primero, contribuyen en forma muy significativa al disuasivo clásico. Casi todas las fuerzas de tierra de Estados Unidos se encuentran en la Región Central, donde representan un sexto, aproximadamente, del total de fuerzas de la OTAN en esta Región. Suponen, pues, una parte estimable de las fuerzas de disuasión que se alinean frente a las siempre dispuestas y apreciables fuerzas de la Unión Soviética.

Segundo, defienden dos sectores importantes, los cuales no podrían serlo con fuerzas menores, y no hay otras fuerzas convenientemente preparadas que, en ausencia de las nuestras, pudieran asumir la defensa de los mismos. Serían vitales, en el sentido literal de la palabra, para una defensa clásica inicial. Si procediésemos a su retirada a Estados Unidos, no se podría contar con ellas en los primeros días y semanas críticas de defensa contra un ataque. Toda retirada importante de estas fuerzas, que no fuera acompañada por otra similar de las fuerzas soviéticas desplegadas en Europa Oriental, debilitaría gravemente la posición militar de la OTAN en la Región Central.

Tercero, aunque las fuerzas de Estados Unidos desplegadas en toda Europa constituyen una proporción relativamente pequeña del total de las

fuerzas de la OTAN, las Unidades norteamericanas se encuentran entre las mejores en cuanto a efectivos, instrucción y material. Su importancia en el equilibrio militar es mayor de lo que su número relativo pudiera indicar.

¿Qué hay de malo en la introducción de reducciones importantes en las fuerzas de Estados Unidos? La respuesta a esta pregunta es sencilla: Debilitarían inmediatamente los efectivos militares en la Región Central y alterarían el delicado equilibrio militar que existe actualmente en ella; podrían conducir a la desintegración gradual de la alianza, y en un período de menor détente, los rusos pudieran verse tentados ante la evidencia de circunstancias clásicas más favorables. No es suficiente una simple "presencia" militar, a menos que estemos dispuestos a rebajar el umbral nuclear, y, tal vez, incluso a fomentar la proliferación nuclear.

Además, las fuerzas de Estados Unidos proporcionan un eslabón claro y vital, en la cadena del potencial nuclear norteamericano. La Unión - Soviética es una superpotencia que cuenta con un importante arsenal nuclear, y no sería realista por parte de Estados Unidos decir a sus aliados que deben ocuparse de sus propias defensas, y esperar luego resultados satisfactorios. Serían un descalabro los efectos de la retirada de la presencia y apoyo de Estados Unidos.

Algunas veces se cree que estamos defendiendo a Europa. Nosotros no defendemos a Europa. Participamos en una organización que vela por la seguridad de la alianza como un todo, y, consecuentemente, por la seguridad del Continente europeo. La mayoría de las fuerzas desplegadas las proporcionan nuestros aliados alrededor del 90 por ciento de las fuerzas terrestres, el 80 por ciento de los buques de guerra y el 75 por ciento de los aviones. Por supuesto que enviaríamos refuerzos en caso de crisis. Pero las fuerzas dispuestas para entrar inmediatamente en acción las proporcionan, en gran parte, nuestros aliados.

Desde luego que, desde mi punto de vista como Secretario de Defensa de Estados Unidos, me gustaría ver una aportación mayor por parte de nuestros aliados de la OTAN, y en estos momentos nos ocupamos de lograr este objetivo dentro de la alianza. Pero debemos reconocer que nuestros aliados de la OTAN están haciendo, realmente, mucho más que en el pasado. Como indicó el ex-Secretario de Defensa Richardson, en su informe anual sobre defensa, presentado al Congreso en marzo de 1973, los presupuestos de defensa aliados han aumentado en un 30 por ciento desde 1970, además de los importantes incrementos adicionales proyectados por los británicos y alemanes para el presente año.

Por otra parte, la República Federal de Alemania contribuye en forma importante a sufragar los gastos del mantenimiento de nuestras fuerzas en Alemania. El actual acuerdo de compensación entre ambos países asciende a más de 2.000 millones de dólares en el año fiscal 1972/73. En estos momentos negociamos un nuevo acuerdo para el próximo período, y tengo razones para creer que será un acuerdo muy satisfactorio desde el punto de vista de Estados Unidos. Además, los Ministros de Defensa europeos, en la reunión a que asistí en el mes de junio, accedieron a examinar el problema de hallar medios multilaterales para neutralizar los gastos que recaen en la balanza de pagos de Estados Unidos - en razón a su despliegue de fuerzas en Europa.

Finalmente, en el presente año examinaremos detalladamente con nuestros aliados la posibilidad de cambios en los actuales acuerdos de apoyo, con la esperanza de llegar a un reparto más equitativo, con nuestros aliados, de ciertas responsabilidades de apoyo y logística - que pesan ahora sobre Estados Unidos.

Me mantendré en estrecho contacto con todos - estos esfuerzos.

Todo esto no tiene como finalidad, precisamente, decir que los actuales niveles de las fuerzas de Estados Unidos en Europa sean inmutables. La alianza iniciará negociaciones con el Pacto de Varsovia sobre reducciones de fuerzas en Europa Central, el día 30 de octubre. Nos ocupamos ya de los trabajos preparatorios. No es irrazonable suponer que de estas negociaciones resultarán niveles de fuerzas inferiores por ambos bandos; que, después de todo, es el objetivo que se persigue en estas negociaciones. Hemos indicado claramente al



lado contrario, que la OTAN está preparada a efectuar reducciones que garanticen la seguridad tanto del Este como del Oeste. Pero la introducción de reducciones unilaterales antes de tiempo, debilitaría considerablemente nuestra posición para la negociación y, según la importancia de las reducciones, podría alterar peligrosamente el equilibrio militar en Europa, en detrimento de la OTAN.

Además, una retirada de las fuerzas de Estados Unidos en Europa no permitiría, como creen algunas personas, una reducción equivalente de nuestros efectivos en general. El hecho de que mantengamos nuestras fuerzas en Europa o en Estados Unidos, no alterará nuestra obligación de estar preparados para hacer frente a los compromisos contraídos con la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Como dije antes, nuestras fuerzas están siendo reducidas considerablemente, a niveles inferiores a los existentes con anterioridad de la guerra de Vietnam, en junio de 1964. Como tampoco vendrá, necesariamente, la retirada de nuestras fuerzas a resolver los problemas del presupuesto para la defensa. Por el contrario, pudiera muy bien incrementar nuestros gastos presupuestarios, si queremos estar en condiciones de poder enviar de nuevo nuestras fuerzas, inmediatamente, en caso de urgencia.

Conozco muy bien el deseo de muchos miembros del Congreso de efectuar una pronta reducción en los niveles de tropas de Estados Unidos en Europa. Pero no puedo, en conciencia, proponerles una reducción unilateral en estos momentos críticos. Por primera vez desde que terminó la II Guerra Mundial, la Unión Soviética ha mostrado un interés serio en suavizar las tensiones en Europa y en negociar la reducción mutua de fuerzas. Sería ciertamente una estupidez no dar a este proceso, ya empezado, una oportunidad. Además, deberíais saber que una retirada importante imprimiría presiones crecientes en favor de reducciones similares de fuerzas por los otros gobiernos de la OTAN. Esto podría tener como resultado una reducción unilateral general en los efectivos clásicos de la OTAN, dejándonos con una única alternativa viable a la defensa clásica inicial, es decir, la de recurrir al empleo inmediato de las armas nucleares. En mi opinión, es demasiado alto el precio político y las posibles consecuencias para nuestra seguridad, aceptar los inevitables riesgos inherentes de las reducciones unilaterales.

Lo que propongo es que el Congreso y la Rama Ejecutiva celebren consultas encaminadas al mantenimiento de unos efectivos de fuerzas clásicas en Europa que tomen en consideración nuestros intereses en aquel continente, el progreso de las negociaciones con el Pacto de Varsovia y la

posibilidad de una mayor participación en los gastos por parte de los otros miembros de la alianza. Este es, en mi opinión, el camino a seguir para la obtención de una mayor seguridad y unos beneficios máximos para los Estados Unidos. Les ruego, encarecidamente, no den su conformidad a cualquier propuesta destinada a la realización de reducciones unilaterales importantes en nuestros niveles de fuerzas en Europa, en los actuales momentos.
